

con la mente y el corazón arrebatados por el soplo del Espíritu Santo, en el océano mismo de la esencia y perfecciones divinas. Estas son las profundidades de Dios que dice el Apóstol arrebatado al tercer cielo, que el Espíritu puede escudriñar<sup>1</sup>. ¿Quién, empero, las ha escudriñado y conocido como las conoce Jesucristo, escondido bajo los velos eucarísticos, desde el oscuro fondo de un estrecho tabernáculo? La oración de Jesús es tan alta y subida como su misma persona, por la cual *se halla más encumbrado que los mismos cielos*<sup>2</sup>, segregado de los pecadores para orar y suplicar por ellos. Y por esto y el respeto que merece al mismo Dios su oración excelentísima, no puede dejar de ser oída<sup>3</sup>. *Bien sé yo*, decía el divino suplicante, *bien sé, Padre mío, que siempre me escuchas*<sup>4</sup>; sépanlo también todos los hombres para que crean en mí y se fien de mi oración. Nada diré de la longitud y latitud de la oración de Jesucristo, que se extiende tanto como la caridad del mismo Cristo, tanto como su ciencia infinita, la cual *sobrepuja á toda ciencia*<sup>5</sup>, tanto como la plenitud de Dios. Por esta latitud y longitud comprende Jesús, en cuanto hombre, hasta donde una criatura puede comprenderlas, la anchura del Ser divino, esto es, su omnipotencia é inmensidad, y la longitud del Infinito, ó sea, su eternidad. Pero ¿quién es capaz, hermanos míos, de adivinar tal perfección? Apresúrome más bien á repetiros, como el celestial Maestro á sus discípulos: *¡He aquí cómo debéis orar!*<sup>6</sup>

7. Así debéis orar, piadosas adoradoras del Dios sacramentado: así, conforme habéis visto orar á Jesús,

<sup>1</sup> 1 Cor. 2, 10.<sup>2</sup> Hebr. 6, 26.<sup>3</sup> Hebr. 5, 7.<sup>4</sup> Io. 11, 42.<sup>5</sup> Eph. 3, 17.<sup>6</sup> Sic ergo vos orabitur (Matth. 6, 9).

debéis emplear vosotras el tiempo preciosísimo que consagráis al santo ejercicio de la adoración. *Orad con el espíritu, orad con la mente*: alabad al Señor con los labios, y alabadle más con el corazón<sup>1</sup>. Decid con el Profeta Isaías: Tu nombre, Señor, y tu memorial — la Eucaristía — forman los más dulces atractivos de mi alma. *Mi alma ha suspirado por Ti durante la noche; por eso al despuntar el día velaré delante de Ti con el espíritu, con amor entrañable*<sup>2</sup>. Vuestras delicias han de estar con Jesús sacramentado, como Él tiene cifradas las suyas en permanecer día y noche, durante la serie de los siglos, en medio de los hijos de los hombres<sup>3</sup>. Suplid, almas que alcanzáis á vislumbrar la ternura inefable de un Dios apasionado por el hombre, suplid la horrenda ingratitud de tantas criaturas que, voluntariamente obcecadas, no parecen conocer á su Redentor, según que le tienen relegado al olvido, sin acudir jamás á visitarle en sus altares. Y, ya que estéis, como el Apóstol, dobladas las rodillas<sup>4</sup>, delante del Padre de Nuestro Señor Jesucristo, en actitud de profunda adoración, derramad vuestro corazón, clamad en el Espíritu Santo: *¡Padre, Padre!*<sup>5</sup> *Glorifica, Señor, á tu Hijo para que por tu Hijo seas glorificado eternamente*<sup>6</sup>. Imitad, hasta donde podáis, la humildad con que se prosterna Jesucristo ante la Majestad divina en el sagrario, emulad la caridad ardentísima con que Él ama; que orar no es otra cosa en resumen que amar y amar con todo el ímpetu del corazón que vuela al seno del amado. Rogad, en fin, como ruega Jesús en el propiciatorio de la Eucaristía, por la salud de todo el género

<sup>1</sup> 1 Cor. 14, 15.<sup>2</sup> Is. 24, 8, 9.<sup>3</sup> Prov. 8, 31.<sup>4</sup> Eph. 3, 14.<sup>5</sup> Rom. 8, 15.<sup>6</sup> Io. 17, 1.

humano, para que todos los hombres se salven por medio del conocimiento de la verdad, como Dios mismo lo quiere, y Jesús lo desea ardientemente<sup>1</sup>. Dad gracias al Padre de las misericordias<sup>2</sup> por las muchas que os otorga, y por el amor con que lo hace, y pedidle en nombre del mismo Jesucristo todo cuanto necesitéis para vosotros y para vuestras familias, amistades y relaciones, seguros de que se ha de cumplir la palabra del que dijo: *Todo cuanto pidiereis en mi nombre, os será concedido*<sup>3</sup>. Así se tornará para vosotras, almas fervorosas, la hora de adoración en rica mina de gracias: así satisfaceréis las vivas ansias de Jesús sacramentado, adorándole como objeto dignísimo de la adoración de todas las criaturas.

## II.

8. ¿Quién puede dudar, hermanos míos, que Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, deba ser adorado con rigurosa adoración, con el culto de latría propio de la Divinidad? No son menester, para quien está medianamente instruído en la doctrina católica sobre el dogma de la Encarnación, extensas pruebas ni sutiles argumentaciones para convencerse de una verdad certificada por la práctica constante y universal de la Iglesia. Y en efecto, el más sencillo razonamiento fundado en la fe nos deja conocer que la adoración tiene por objeto la Persona divina; y, siendo Jesucristo el *Verbo hecho carne*<sup>4</sup>, es acreedor al mismo género de adoración que el Verbo. Y donde quiera que se encuentre la Persona, allí debe asistir la adoración. Por consiguiente debe ser adorada el alma y el cuerpo de

<sup>1</sup> I Tim. 2, 4.<sup>2</sup> 2 Cor. 1, 3.<sup>3</sup> Io. 16, 23.<sup>4</sup> Io. 1, 14.

Jesús, porque esa alma y ese cuerpo están sostenidos, poseídos, informados por la Persona del Verbo, sin la cual no existirían, pues carecen de subsistencia propia y natural. *Venid*, pues, *adoremos*<sup>1</sup>; y adoremos para siempre á Jesús en el regio trono del altar donde está vivo y glorioso, en alma y cuerpo, sustentados personalmente por la divinidad. ¿No dice el Profeta: *Adorad el escabel donde descansan sus pies*<sup>2</sup>? Y ¿cuál es ese escabel, según San Agustín, sino el cuerpo de Cristo, formado originariamente de la tierra? Por eso no sólo no pecamos adorándolo, sino que pecaríamos si así no lo hiciéramos, dice el gran Doctor<sup>3</sup>. ¿Qué digo, el cuerpo del Señor? La cruz misma que le sirvió de lecho de agonía y en cuyos brazos ensangrentados rindió el postrer suspiro, los clavos y las espinas que le atravesaron, la cruel y venturosa lanza que rasgó su costado y abrió la puerta del sagrado Corazón... objetos son, á todas luces, dignos de adorarse, si no por sí mismos, sí por el contacto con la Persona divina del Redentor.

9. Y ¿no veis á los ángeles al rededor del tabernáculo en humilde actitud de adoradores? ¡Ah! cristianos: ¡quién supiera adorar á Jesús en el altar como esos espíritus bienaventurados que incesantemente viven absortos en muda adoración! Ellos cumplen gustosísimos con el mandato del Eterno que, en el instante mismo en que fué Jesús introducido en el mundo, dijo con solemne acento: *¡Adórenle todos los ángeles de Dios!*<sup>4</sup> Y esta orden permanece y durará eternamente, porque: *Tú permanecerás, y tus años no se acabarán*<sup>5</sup>. Por eso

<sup>1</sup> Ps. 94, 6.<sup>2</sup> Ps. 98, 5.<sup>3</sup> S. August., Enarr. in Ps. 98, n. 9.<sup>4</sup> Hebr. 1, 6.<sup>5</sup> Hebr. 1, 11. 12.

le adoran en el altar como le adoraron en el portal de Belén, y le adorarán hasta la consumación de los siglos, y aun por toda la eternidad. *Adoremus in æternum*<sup>1</sup>. Mas no solamente adoran á Cristo los ángeles de Dios, sino que, en virtud del poder con que el Padre Eterno le ha investido, poder igual al suyo, los habitantes del infierno, lo mismo que los del cielo y los que pueblan la tierra, *doblan las rodillas ante el nombre de Jesús*<sup>2</sup>. ¿Qué será ante su presencia real? Los Reyes Magos no dudaron adorar al Dios recién nacido, movidos por inspiración del Espíritu Santo<sup>3</sup>; y el ciego de nacimiento, interrogado por el Salvador: *¿Crees tú en el Hijo de Dios?* respondió: *Creo, Señor, é incontinenti, como prueba de su fe, cayendo á sus pies le adoró*<sup>4</sup>. Adoráronle finalmente los Apóstoles, cuando le vieron resucitado y glorioso<sup>5</sup>; y nosotros debemos adorarle en el augusto Sacramento, precisamente para glorificarle sobre la tierra.

10. En efecto, demasiado explícitamente se nos ha declarado la voluntad del Padre de honrar á su Hijo, el cual, por volver por la honra de su Padre, *quiso anonadarse ocultando la forma de Dios para tomar la forma del esclavo*, pasando delante de los hombres como si no fuera más que uno de ellos<sup>6</sup>. Demasiado clara está también la voluntad del divino Salvador, quien por medio de revelaciones auténticas ha dado á conocer á su Iglesia su deseo de que se le tribute especial y significativa adoración, no solamente en su Cuerpo real, sino también en sus imágenes. Y ¿cómo no acceder con en-

<sup>1</sup> Eccl. Rhythm. SS. Sacram.

<sup>2</sup> Phil. 2, 10.

<sup>3</sup> Matth. 2, 11.

<sup>4</sup> Io. 9, 38.

<sup>5</sup> Matth. 28, 17.

<sup>6</sup> Phil. 2, 7.

tusiasmo á tan justa voluntad de nuestro Dios? Aquí no nos manda como Rey y Soberano: hálbanos con acento de amigo y padre amorosísimo que reclama por título de correspondencia lo que por tantos otros le es debido, la adoración y la ternura, y quiere que el trono donde se la tributemos, sea el altar donde le hallaremos siempre, siempre dispuesto á recibirnos... ¿Venid, pues, cristianos, venid almas redimidas, y haced acá en el suelo lo que en el cielo hacen los coros de los ángeles y las legiones de los Santos! ¡Venid á adorar á Jesús en el altar! Preciso es también desagrar al agraviado Señor, preciso es indemnizarle de las afrentas que sufrió por amor nuestro en su Pasión, y de las que hoy mismo continúa sufriendo siempre víctima de amor, de parte de los que cada día las renuevan crucificando en sí mismos á Jesucristo y entregándole á la irrisión y á la befa de los hombres<sup>1</sup>. ¡Horror causa el pensarlo! Innumerables son los ultrajes de que hoy mismo, y acaso hasta en medio de nosotros, es objeto nuestro Redentor amabilísimo. Y ¿no creéis que sea así? ¿Podéis dudar de esta triste verdad? ¿Podéis ignorar lo que pasa en el mundo á este propósito? Y ¿no sabéis que aquí mismo, en esta piadosísima ciudad, tiene Jesús enemigos atroces que le profanan en la Hostia consagrada? Mas ¿para qué contristar vuestro espíritu con tan horribles revelaciones? Echemos un velo sobre esos misterios de iniquidad; y, llenos de amor y deshechos en llanto de compasión y ternura, hagamos amorosa compañía á Jesús sacramentado en esas dulces y deliciosas horas de la adoración.

11. El fruto que de ella sacaremos será inmenso, porque allí aprenderemos algo de aquella supereminente

<sup>1</sup> Hebr. 6, 6.

*ciencia de la caridad de Jesucristo*, de que habla el Apóstol<sup>1</sup>, con que no poco se acrecentará en nuestras almas el incendio de la caridad y el santo anhelo de todas las virtudes. Admiraréis lo infinito de aquella bondad con que *de tal manera amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo unigénito, para que todo hombre que crea en Él, no perezca, sino que alcance la vida eterna*<sup>2</sup>. Allí ponderaréis la *altura* de este amor en habernos dado tan supremo don, y para el fin más alto que puede haber, cual es la vida eterna. Veréis asimismo la *profundidad*, por haberle dado á un mundo tan bajo y lleno de maldades, humillándose Dios hasta lo sumo de la humillación en el hecho de tomar nuestras miserias y hacerse cargo de nuestros delitos. Reconoceréis la *anchura* de la caridad divina en haberse dado para bien universal de todos los hombres sin excluir á ninguno<sup>3</sup>, de suerte que baste creer en Él para ser colmados de todos los bienes de que son capaces. Comprenderéis en fin la *longitud*, ó sea la duración sin término, de esta dádiva divina que se dilata y prolonga por una carrera interminable, cual es la vida eterna. ¡Oh caridad infinita de Jesús! ¡Cómo brillas en la oscuridad del Sacramento eucarístico mejor que el astro centellante en las tinieblas de la media noche! ¡Oh misterio de amor incomprendible é inefable! Dáme que pueda yo, tu humilde adorador, imitar las excelencias de tu caridad, amándote con todo mi corazón, espíritu, alma y fuerzas, negándome á mí mismo en todo cuanto me impida este amor, cumpliendo perfectísimamente tu adorable voluntad en cuanto manda y aconseja la ley del amor, extendiéndome

<sup>1</sup> Eph. 3, 16.      <sup>2</sup> Io. 3, 16.

<sup>3</sup> Ut omnis qui credit in eum, etc. (I. c.).

dome á amar á todos mis prójimos, sin distinción de amigos y enemigos, y perseverando en esta disposición hasta el fin de mi vida, para continuar amándote, alabándote y adorándote por toda la eternidad en tu bienaventuranza<sup>1</sup>. Así sea.

### SERMÓN NOVENO

(predicado en la iglesia de San Juan de Dios, Bogotá, 1896).

#### La sagrada Eucaristía y la unidad de la Iglesia.

Quoniam unus panis, unum corpus multi sumus, omnes qui de uno pane participamus.

Como quiera que el Pan es uno solo, un solo cuerpo somos todos cuantos de ese Pan participamos.

I Cor. 10, 17.

1. No sin misterio, amados fieles, dispuso Jesucristo nuestro Señor que las especies eucarísticas estuviesen formadas de muchas uvas y de muchos granos de trigo reducidos á un solo cuerpo de pan y de vino, porque, como discurren los ascéticos, y en cuenta algunos Padres de la Iglesia<sup>2</sup>, uno de los principales efectos del Sacramento es juntar y reducir á uno los innumerables fieles que de él se alimentan, por donde no sólo produce esta unión, sino que también la significa y representa maravillosamente. De aquí es que, siguiendo la idea del Apóstol, exclama el Padre San Agustín: *¡Oh Sacramento henchido de piedad, signo de unidad y vínculo de caridad!*<sup>3</sup> Muchos somos, en verdad, los lla-

<sup>1</sup> La Puente, Guía espir. t. II, tr. 3, cap. 7.

<sup>2</sup> S. Augustinus, tr. 26 in Io. n. 17.

<sup>3</sup> O sacramentum pietatis, signum unitatis, vinculum caritatis! (S. Aug., tr. 26 in Io.)